

Venganza.

La venganza es en cierta manera el odio del corazón ó de la ira (Véase).

Esta especie de venganza es el odio que se tiene al desagraviado que la padece, hasta que tiene la horrible satisfacción de ver su enemigo. No es raro hallar hombres tan sedientos de venganza, que para lograrla no retroceden ni á la vista del mismo cadáver.

El vengativo, como el envidioso, distingue por su aire sombrío, su color cárdeno y muchas veces por el calladísimo silencio general de todo su cuerpo, si ha de hablar en satisfacer su pasión.

Hay otra especie de venganza en grado menor que es la insubordinación y la acompañada de cierta vergüenza y pusilanimidad, y se observa particularmente en los niños. Consiste en el estado de aflicción del alma por la impotencia en que se reconoce de repararse contra una inmensa superioridad física ó moral.

Furor.

El furor es lo sumo de la cólera, siendo indudablemente el grado mas impetuoso y escéntrico de todas las reacciones del alma, que tienden á rechazar el mal que se nos hace. En la violencia se calculan todavía los riesgos y la resistencia que para vengarse hay que vencer. En el furor está el hombre del todo ciego, se precipita sin reflexion contra su enemigo cualquiera que sea su superioridad, y se vuelve contra sí mismo, si no puede vencer á su contrario.

No es fácil dar reglas acerca el modo como ha de conducirse el actor al espresar esta pasión extraordinaria. En los lances de furor es cuando el actor no debe observar medida alguna, ni guardar lugar determinado en la escena.

Como se supone hallarse fuera de sí, sus movimientos deben ser continuos, y mostrar una fuerza superior á todos los que le rodean y se hallan esentos de esta

pasion. En sus miradas encendidas y penetrantes debe conocerse el descarrío de su imaginacion. Su voz unas veces debe ser llena y vigorosa, y otras sofocada; pero siempre sostenida por una extraordinaria fuerza de pecho.

Antes de pintar esta pasion, debe tambien el actor investigar el origen del furor, que pueden ser varios, y cada uno de los cuales tiene y ha de presentar un carácter y distintivo particular.

El furor de que se halla poseido Orestes en la Andrómaca, es nacido de un amor desesperado; en Electra la pena de un delito; en Herodes el martirio de un esposo que ha hecho perecer á la que adoraba, y la vergüenza de una pasion despreciable; en Edipo el horror de verse el objeto de la ira celeste, y un conjunto de todos los delitos, sin haber podido evitarlos. Todas estas circunstancias debe tenerlas en consideracion el actor, á fin de que el espectador trasluzca al través de los arrebatos del furor, el carácter y la causa que lo producen.

Mas téngase presente, que el furioso que en los transportes ó frenesí de esta pasion se arrancara los cabellos de un modo horroroso, que gesticulara con todo el rostro, que aullara hasta que todos los músculos se le hincharan sucesivamente, y se inflamaran sus ojos por la sangre extravasada, este furioso, pudiera ser muy parecido á la naturaleza, pero no podria menos de disgustar en la imitacion; y así el actor al representar estas y otras

pasiones fuertes, debe hacerlo con cierta moderacion y parsimonia, á fin de que al paso que resulte imitada la naturaleza, sea no mas que en aquello que tenga de menos horroroso.

Invidia.

La envidia es un sentimiento impio, como dice Pascal. Por más que se esfuerce en impudente silencio por medio de reconvenciones y por vuestra honradez, no os lo aconsejamos; mas si alguna dura vuestro ánimo, defended los ultrajes que le hayais hecho; ó por lo menos el tiempo basta: la memoria, pero no olvidéis el perdonar vuestras buenas cualidades.

Una deca de un envidioso que estaba triste: yo no sé si le ha sucedido á él alguna desgracia, ó un bien á otra persona.

Los celos y la envidia, pasiones de los entes debiles, hasta una marcha primitivamente crónica, son dos fiebres contagiosas que roen lentamente las entrañas de sus víctimas.

La envidia, dice Charron, es hermana carnal del rencor: es un pesar que roe nuestro corazon por el bien que otros están disfrutando; pesar que convierte este

pasiones fuertes, debe hacerse con cierta moderación y armonía; no de que al paso que resulte imitación de las virtudes, sea no mas que en aquello que tenga de menor fortaleza; y asi se evitan los excesos.

Después de haber estado en el estado de la moderación, se debe volver al estado de la pasión, para que se evite el exceso de la moderación, y cada uno de los cuales tiene su carácter particular y distintivo.

El furor de que se habla pasado Orfeo en su amor a Eurídice, es un amor desordenado. El furor de que se habla pasado en Hebe el marido de un esposo que la dejó por otro, y la vergüenza de una persona despreciable, en Egipto el horror de verse el objeto de la crueldad, y un conjunto de todos los delitos, sin haber podido evitarlos. Todas estas circunstancias del furor, se consideran en el actor, á fin de que el espectador pueda aliviar de los arrebatos del furor, el carácter y la causa que lo producen.

Una mujer que se ve en los brazos de otro, y que se arrancara los cabellos de dolor, es un ejemplo de la pasión de la envidia.

Envidia.

La *envidia* es un sentimiento implacable como dice Pascal. Por mas que os empeñeis en imponerle silencio por medio de beneficios y por vuestra honradez, no por eso la aplacareis; subsistirá mientras dure vuestro mérito. Perdonará los ultrajes que le hayais hecho, ó por lo menos el tiempo borrará su memoria, pero no olvidará, ni perdonará vuestras buenas cualidades.

Bion decía de un envidioso que estaba triste: yo no sé si le ha sucedido á él alguna desgracia, ó un bien á otra persona.

Los zelos y la envidia, pasiones de los entes débiles, tienen una marcha primitivamente crónica, son dos fiebres consuntivas que roen lentamente las entrañas de sus víctimas.

La envidia, dice Charron, es hermana carnal del rencor; es un pesar que roe nuestro corazon por el bien que otros están disfrutando; pesar que convierte este

bien ageno en dolor nuestro. Los zelos son por su naturaleza y efectos semejantes á la envidia; mas parece que en esta no sentimos otra cosa sino que otros tengan un bien que deseamos para nosotros; y los zelos se refieren á nuestro propio bien, del cual no quisiéramos que llegasen á participar los demás.

La Rochefoucauld pretende que los zelos son en cierto modo justos y razonables, porque solo se dirigen á conservar el bien que poseemos y creemos que nos pertenece; al paso que la envidia consiste en un furor que no nos permite sufrir que los otros gocen de un bien.

Reasumiendo estas definiciones puede decirse, segun Descuret, que *uno es zeloso del bien que posee, y envidioso del que poseen los otros*; y además que los zelos dependen ordinariamente de alguna rivalidad de amistad ó de amor; al paso que la envidia se refiere mas bien á los honores, á la fortuna ó al talento.

No debe confundirse la emulacion con la envidia. Es la emulacion un sentimiento laudable, propio de nobles esfuerzos y de corazones generosos; al paso que la envidia, es una pasion vil, que nace en las almas débiles y ruines, y casi no obra sino por malos medios.

El hombre escitado por la emulacion sabe admirar á sus rivales, y sin desdeñarse de confesar su superioridad, se alimenta de esperanzas, y no aspira á llegar á la gloria, sino cumpliendo con su deber; al paso que el envidioso, cobarde calumniador del mérito y de la virtud, es tan despreciable que él mismo procura creer

que no tiene tal pasion; todo lo que escita la admiracion de los demás le atormenta y le irrita, guardando únicamente su indulgencia y sus miradas para el vicio y la oscuridad.

Vanvenargues dice que la envidia no puede permanecer oculta, acusa y juzga sin necesidad de pruebas; abulta los defectos; aplica calificaciones enormes á las faltas mas leves; su lenguaje rebosa de hiel, de exageraciones y de injurias; se encarniza con rebeldía y con furor contra el mérito sobresaliente; es ciega, furiosa, insensata y brutal.

En la buena sociedad el envidioso tiene casi siempre tanta pusilanimidad como bajeza; la calumnia es su arma favorita, y no suele usarla sino por detrás y en la oscuridad. Cuando oye un acontecimiento desagradable de su rival, se le ve con una sonrisa infernal que asoma en sus adelgazados labios. Al contrario si llega á saber la noticia de un próspero suceso alcanzado por este mismo rival, ó por una persona estraña, al instante se contraen sus facciones, frunce las cejas, húndense sus ojos en las órbitas, su cara ya demacrada, parece que se desmedra, porque en efecto al envidioso le martiriza y enflaquece la dicha agena. Finalmente, si oye alguna produccion de un mérito sobresaliente, calla; mas este silencio vale tanto como un elogio, porque, como dice Descuret, el envidioso no ama y no alaba mas que á los difuntos.

En semejante caso el indiferente y el ignorante pue-

den tambien estar callados; pero su posicion es tranquila y todos sus músculos permanecen relajados; al paso que el envidioso, aun suponiéndole muy hábil en disfrazar su envidia, se descubre casi siempre á un observador sagaz, por un ligero pateamiento, como si quisiese vengar en algun modo su despecho en el suelo.

Los zelos y la envidia van casi siempre juntos con el interés, el orgullo y la ambicion que generalmente suelen engendrarlas; y con el rencor que suele nacer de las primeras, cuando no se contienen en su primer período.

La tristeza, la taciturnidad, la movilidad y el habitual fruncimiento de las cejas, junto con un color pálido y plomizo, son los primeros sintomas de los zelos y la envidia, pasiones eminentemente concéntricas. Si esta concentracion llega á ser habitual, sobreviene aquella opresion penosa, aquellos suspiros entrecortados, aquellas violentas palpitaciones, y muchas veces aneurismas mortales. En un período mas adelantado, continua el autor de la Medicina de las pasiones, se transmite tambien al cerebro la irritacion intestinal; y de aquí proceden aquellos pensamientos sombríos y tumultuosos, aquel amor de la soledad y de la oscuridad, y últimamente aquellos crueles desvelos que acaban con el resto de las fuerzas del hombre, etc.

Odio.

Es la aversion ó falta de tendencia hácia un objeto, aunque no se manifieste por ningun esfuerzo. Es una afeccion crónica, cuya crisis comunmente es la venganza.

El *ódio* es la pasion opuesta al amor; y de consiguiente se espresará con palabras y gestos del todo diferentes ó contrarios á los de esta pasion.

Orgullo y vanidad.

El *orgullo* es un sentimiento producido de la alta idea que forma el hombre de sí mismo, acompañada del desprecio de los demás.

El orgulloso se abandona á los impulsos del amor propio, que abulta ó exagera sus buenas calidades, y muchas veces finge ó supone lo que no hay; al paso que rebaja en cuanto puede el mérito de los otros.

El hombre orgulloso es imprudente y necio: aspira á la estimacion, al aprecio y á las consideraciones de los otros; al paso que los ofende con su conducta, no acarreándose por lo comun sino su ódio y su desprecio.

El orgulloso no ve en todo mas que á sí mismo. Cree que sus semejantes no existen sino para rendirle sus homenajes, sin estar obligado por su parte á mostrarles el menor reconocimiento: así es que el orgulloso es colérico, inquieto é irritable; todo lo cual denota la falta de un mérito real y verdadero.

Descuret dice que el orgullo es el sentimiento exagerado de nuestro valor personal, acompañado de una grande tendencia á preferirnos á los demás y á dominarlos. Es una enfermedad moral cuyas especies principales son la presuncion, la suficiencia, la soberbia, el desden y la arrogancia.

La vanidad ó escesiva necesidad de lisonjas, no es mas que el amor propio de los moralistas y la *aprobatividad* de los frenólogos. En su conversacion, en sus gestos, en su vestir, no lleva otro objeto el vanidoso que hacerse admirar y atraerse todos los elogios. El amigo de la gloria, el jactancioso, el magnífico, el petimetre, la coqueta y el fanfarron pertenecen á esta familia.

No debe confundirse el orgullo con la vanidad. Si bien estos dos sentimientos suelen ir juntos, muchas veces tambien pueden existir separados é independientes uno de otro. El orgullo es una escesiva estimacion de sí mismo, la vanidad una inmoderada necesidad del aprecio de los demás.

Satisfecho el orgulloso de su mérito, llega á admirarse á sí propio; y la mayor pesadumbre que se le puede dar es evidenciarle los defectos que tiene. El vanidoso solo se empeña en que se le mire con pasmo, y nunca se halla mas atormentado que cuando observa que no se hace caso de las frívolas ventajas en que se complace tanto.

Los caractéres que se refieren mas bien á la vanidad son: el amigo de la gloria que procura continuamente

hacerse un lugar en la opinion de los demás, y que á toda costa quiere parecer algo. Distínguese del jactancioso en que este quiere que todo el mundo se ocupe de su persona, ostentando al efecto sentimientos, ideas y modales ridículamente estudiados. El magnífico, que no ostenta la grandeza y la suntuosidad sino para cautivar el asombro y la admiracion de los que le rodean. El petimetre es tambien un vanidoso que procura hacerse siempre notable por medio de un ademan libre, vivo y ligero, y sobre todo por un esquisito cuidado en la compostura y adornos de su vestido.

En cuanto á la *Coqueta* véase su artículo particular.

El fanfarron, este por demás ridiculo, está de continuo exagerando su valor, ó sus brillantes victorias.

Las variedades, dificiles á veces de distinguir, del orgullo, son: La presuncion, habitual disposicion á creerse con virtudes y talento de que se carece. Producida por el escesivo aprecio de sí mismo, vive de esperanzas quiméricas creyéndose capaz de todo, y dueño de todo, hasta de los acontecimientos.

«El presumido, dice La-Bruyere, es el que practica ciertas menudencias, á las cuales dá el honroso nombre de *negocios*, y cuyo talento no pasa de una escasa medianía.»

«Un gran talento y una onza mas de negocios de los que entran en la composicion del presumido, constituyen al importante.»

El fantasmon muy preocupado á favor de sí mismo,

manifiesta de cuando en cuando la opinion que de sí propio tiene formada, abusando casi siempre de cualquiera especie de deferencia que se le guarde.

La soberbia es el sentimiento de altivez que no nos permite familiarizarnos con los que creemos inferiores á nosotros por el nacimiento, la fortuna ó el talento.

Lo mismo que el soberbio, el desdeñoso no se familiariza con sus semejantes; pero en él este defecto procede tanto del alto aprecio que tiene de su mérito, como del poco caso que hace de los demás.

La arrogancia, por último, se manifiesta con un aire de ceño y de dominacion que la hacen insoportable.

Comparemos estos tres últimos caractéres, continúa Descuret: el hombre soberbio ni siquiera se digna mirar á sus semejantes; el desdeñoso pasea por los que tiene alrededor una mirada de desprecio; el arrogante les lanza una mirada imperiosa. «¡Veis, dice Roubaud cuán arrogante es ese que se ha vuelto presumido y altanero por sus prósperos sucesos! Ved aquel otro que tiene su fortuna por su mérito, ¡cuán soberbio es! Allí tenéis el otro que creeria no ser nada, si vosotros fuereis algo, ¡cuán desdeñoso es! Consoláos amigos, y tenedlos á todos por unos *necios*.»

«Un necio, segun La-Bruyere, es aquel que ni siquiera llega á tener el talento necesario para ser un fastidioso.»

«El fastidioso es aquel á quien los necios tienen por hombre de mérito.»

«El majadero es un ente exagerado. El fastidioso cansa, enoja, fastidia, choca; el majadero choca, agria, irrita, ofende; empieza el majadero en el punto en que acaba el fastidioso.»

«El fastidioso se halla entre el majadero y el necio, y viene á ser un compuesto de entrambos.»

El orgullo y la vanidad, cuyas principales formas acabamos de indicar siguiendo su marcha, se hallan tan profundamente arraigados en el corazon del hombre, que suelen aparecer ya en su cuna, y acompañarle hasta el borde del sepulcro. No todos los hombres son golosos, ni todos se entregan á la embriaguez, ni todos son envidiosos, ni coléricos; pero todos son orgullosos y vanidosos; tanto el salvaje, como el hombre civilizado; tanto el sábio, como el ignorante; así el duque y el par tirados en su brillante tren, como el basurero que se complace en atajarles el camino, ó como el cochero de los carruajes de alquiler cuando está diluviando, y vá cargado el coche.

El orgullo, dice Pascal, sirve de contrapeso á todas nuestras miserias, porque ó bien las oculta, ó bien si las descubre, ufánase de conocerlas. Nos tiene sujetos en una posesion tan natural en medio de nuestras miserias y de nuestros errores, que llegamos á morir con satisfaccion, mientras sepamos que se ha de hablar de nosotros.

Con relacion al sexo parece que los hombres son mas inclinados al orgullo, y las mujeres á la vanidad. La

vanidad, dice Madama Souza, es la que en las mujeres hace culpable la juventud, y ridícula la vejez.

Si hemos de creer á La-Rochefoucauld, el orgullo es igual en todos los hombres, no presentando en ellos mas diferencia que en los medios y en el modo de manifestarlo. Sin embargo, observando la influencia de las profesiones en el carácter cree Descuret haber notado que los poetas, los actores y los artistas, los reyes y los filósofos tienen una dosis de orgullo y de vanidad mucho mayor que el resto de los mortales.

Entre los antiguos, los fariseos, los estoicos y sobre todo los cínicos parece que estuvieron mas plagados de estas dos pasiones, que los otros supuestos sábios; testigos de ello son Diógenes y su maestro de mendiguez, á quien decia Sócrates: «Ea Antistenes, mira que estoy viendo tu vanidad al través de los agujeros de esa capa.»

La influencia de la nacionalidad hace tambien que cada pueblo haya tenido sus pretensiones particulares, cuya ridiculez no se ocultó al sabio y satírico autor de los *Elogios de la locura*. Así, segun él, los Ingleses se alaban de ser hombres de bien, buenos músicos (*) y magníficos en sus festines; los Escoceses están envaneidos de su nobleza, y de su sutileza escolástica; los Franceses se jactan de su cortesía; los Españoles pretenden ser los mayores guerreros del mundo, y los habitantes de Roma sueñan con las grandezas de los antiguos

(*) Hablaria irónicamente.

Romanos, creyendo buenamente tener de ella algun residuo.

Si se analizan los varios grupos de que se compone la sociedad, se notarán desde luego, dice Descuret, ciertos signos característicos de cada uno de estos grupos ó secciones, que tienen por base el orgullo, sobre el cual en efecto descansa todo nuestro edificio social; á saber: los nobles... orgullo de la sangre: los poderosos... orgullo del poder: los ricos... orgullo de la fortuna: los artesanos... orgullo industrial: y hasta los pobres... orgullo humillado.

El orgulloso y el vanidoso se distinguen por ciertas señales y ciertos hábitos, por los cuales no deja de reconocerlos el observador menos ejercitado. Cuando entran en una conversacion siempre hallan medio de apoderarse del sitio mas distinguido, y no tardan en apropiarse esclusivamente de la palabra; pero el primero se parece mas á un maestro que está profiriendo oráculos, y el segundo á un adulator ocupado en engagearse la estimacion de los que le rodean.

El primero lleva la cabeza soberbiamente levantada, su boca cerrada manifiesta el desden, su mirar fijo suele dirigirse hácia el cielo, finalmente, su continente y sus mas insignificantes gestos conservan siempre un aire imperioso.

El otro se manifiesta menos embarado en el andar, y con menos autoridad al hablar: su vista tiene algo de cariñoso, sus gestos son mas graciosos y ligeros, su bo-

ca próxima siempre á abrirse, es mucho menos desdeñosa. Si ambos van juntos, el orgulloso pisa con fuerza la tierra, creyéndola casi indigna de sostenerle; el vanidoso anda mas ligero, pone los piés en el suelo, y casi no se apoya en ellos. Por otra parte, dos señales bastan, tanto en lo físico como en lo moral, para caracterizarlos, el orgulloso se *eleva*, el vanidoso se *ensancha*.

El lenguaje del hombre orgulloso es fuerte y algo atrevido cuando habla de los demás, é hinchado pomposo y altisonante cuando habla de sus bienes, de su nobleza y de sus prendas reales ó imaginarias. Escita por lo comun ó compromete, digámoslo así, á sus iguales ó inferiores á que le adulen ó exageren aquellas mismas calidades.

Su accionado presenta todos los caracteres de la superioridad y de la dominacion, junto con la del desprecio. Algunas veces su cuerpo toma naturalmente aquella postura que cree mas propia para poder hacer ostentacion de sus gracias personales.

Preséntase siempre con la cabeza erguida, el cuerpo muy estirado, como que quisiera ser mas alto de lo que realmente es, y dominar á todos los demas, por cuya razon se le ve algunas veces ponerse sobre las puntas de los piés.

Su semblante y su mirar es altanero y atrevido, y en ciertas ocasiones desdeñoso, como si tuviera á menos detener la vista en aquellos objetos. Raras veces dá muestras de aprobar las acciones ó modo de obrar de

los otros á no ser que se dirijan á dar pábulo á su orgullo. Se abstiene de manifestar su deferencia ó su estimacion hasta á aquellas cosas que su corazon naturalmente desea, para que no se atribuya á una sombra de humillacion, que es lo que mas alarma y aflige al hombre orgulloso.

Sus brazos y todo su cuerpo se mueven con una cierta afectacion y tirantez de nervios, efecto de la especie de vigilancia en que vive, temiendo siempre con alguna palabra ó con algun gesto desmentir ó contradecir la pasion que desea fomentar.

Vuelve el brazo derecho á la espalda y deja caer el izquierdo, volviendo la palma de la mano hácia atrás.

A veces estiende una mano sobre el pecho, y con ella se dá ciertos golpecitos suaves y pausados.

Anda con pasos largos y fuertes; pero sin precipitacion, y sin mirar nunca al suelo.

Si el orgulloso quisiere ocultar una mano en su vestido, prefiere colocarla muy arriba del pecho, y si la otra queda libre, la pone vuelta á un lado sacando hácia adelante el codo.

Su cabeza está siempre un poco inclinada hácia atrás y muchas veces ladeada; la distancia de los piés, vueltos hácia fuera, es por lo comun muy grande, y si el uno de los piés sirve de apoyo al cuerpo, el otro sale muy afuera.

Cuando se trata de dignidad, de poder ó de otro mérito superior, entonces el hombre orgulloso mide

con su altura corporal sus relaciones con los demás que están privados de estas ventajas. Levanta la cabeza con fiereza, con aire sério y pensativo, y todas sus actitudes indican la plenitud de sus ideas, y el alto concepto que tiene formado de sí mismo.

Si se trata de nacimiento, de clase, de fortuna ó de otras ventajas estrañas ó insignificantes que no dan al hombre un conocimiento real de su propio mérito, y cuyo goce depende del efecto que producen en los demás, entonces el exterior tranquilo del verdadero orgullo degenera en fausto, y vanidad.

Poco satisfecho de sí mismo, se pavonea, el cuerpo descansa sobre sus piernas muy separadas una de otra, los brazos y las manos se agitan, y la cabeza se dirige hácia atrás, moviéndose á veces con cierta afectacion á una y otra parte.

La vanidad no es mas que un orgullo fundado en ventajas que son inútiles para los demás. Así es que la ostencion, el fausto, la pompa y el ornato son las señales de una vanidad ridícula; cosas todas que manifiestan que aquel hombre se estima á sí mismo, y quiere ser apreciado de los otros por meras esterioridades en nada interesante á los demás hombres en general. En esto se funda el proverbio de que «*la vanidad es la gloria de las pequeñas almas.*»

Conocida la diferencia que hay entre el *orgullo* y la *vanidad* será por demás que nos detengamos en dar reglas al poeta para hacer hablar al vanidoso y al actor para representarlo.

Coquetería.

Esta palabra de origen francés, equivale á decir mujer engañosa, que falta siempre á la verdad, porque la *coqueta* nunca la dice, ni cuándo aparenta querer, ni cuando supone aborrecer.

La *coquetería* no es un arte inocente inventado para dar mayor realce á los dones de la naturaleza, como han dicho algunos, sino un vicio fomentado por una vanidad loca, capaz de gastar el corazon sin satisfacerle.

Algunos han confundido equivocadamente la galantería con la coquetería, palabra como hemos dicho de procedencia francesa, que sirve para espresar todas las astucias del amor ó de la vanidad, á fin de escitar deseos á las personas de otro sexo, provocándolas indirectamente y afectando querer huir de las mismas á quienes se busca.

La *coquetería*, hablando con propiedad, es un arte